



CRISIS Y CAMBIO EN LAS ENTIDADES SOCIALES

JOSÉ MANUEL FRESNO. Consultor Social. Madrid

Situado entre el Estado y el mercado, entre lo público y lo privado, con voluntad de ser la expresión de la sociedad civil organizada, surge el Tercer Sector como forma de compromiso de la ciudadanía con las buenas causas y la búsqueda del bien común. Compromiso, altruismo, generosidad, interés general, son elementos consustanciales a su identidad.

El desarrollo de la iniciativa cívica, vivió una eclosión en España con la llegada de la democracia; esta efervescencia alcanzó también a las entidades del Tercer Sector Social, que es aquella parte de las ONG que operan en el ámbito social, por diferenciación a otros campos como el educativo, cultural, medioambiental, vecinal, etc. En un contexto de Estado de Bienestar de implantación tardía, que es el que define a nuestro país, inacabado y caracterizado por un modelo de provisión de servicios mixto, ha habido espacio para un amplio desarrollo de las entidades sociales.

En efecto, la provisión mixta de servicios públicos en el campo social, es decir, servicios que presta directamente la administración y servicios que son de garantía pública pero que prestan entidades privadas, lucrativas o no lucrativas, ha dado juego para el crecimiento de las entidades sociales, desarrollándose muchas de ellas al abrigo de los fondos públicos, especialmente en las dos últimas décadas. Por otra parte, este estado de bienestar inacabado, o incompleto, ha dado pie a la emergencia de muchos servicios e iniciativas, promovidas por las ONG, subsidiadas en parte o cofinanciadas con fondos públicos.

De este modo, las entidades sociales han crecido desarrollando actuaciones en los más variados cam-

pos. El Anuario del Tercer Sector de la Fundación Luis Vives, cifraba en 2010 el volumen del Tercer Sector Social en más de 29.000 entidades en España, con cerca de medio millón de trabajadores y un volumen de gestión superior a los 15.000 millones de euros. Bien es cierto que con una clara asimetría, pues el 5% de las entidades gestionan más del 50% del presupuesto global y el 25% de ellas cuentan con un presupuesto anual inferior a 30.000 euros. En todo caso, es innegable que este crecimiento ha ido acompañado también de madurez, eficacia y credibilidad. Buena muestra de crecimiento son las fundaciones, que en el periodo 1995 - 2005 prácticamente se duplicaron en número.

La crisis ha cogido por sorpresa al Tercer Sector, al igual que a buena parte de la sociedad. Sus graves consecuencias se han ido manifestando progresivamente: a la crisis financiera, que comenzó con los primeros síntomas en el verano de 2007, le siguió la grave crisis económica, cuyas manifestaciones en términos de magnitudes (crecimiento del PIB, resultados empresariales...) hemos visto en el año 2008 y 2009. Los ajustes fiscales a los que hemos sido sometidos, especialmente a partir de mayo de 2010, han contraído aún más la economía y sobre todo han ido teniendo graves consecuencias en las condiciones de vida de las personas, especialmente en aquellas más vulnerables. Todos los indicios pronostican que esta tendencia se agravará aún más, con las consecuencias dramáticas para la vida de muchas personas.

El impacto de la crisis en el Tercer Sector tiene al menos tres dimensiones: en primer lugar aquella que se refiere al incremento de la demanda de servicios



y de recursos por parte de los beneficiarios habituales de este tipo de entidades. En segundo lugar el cambio en el tipo de demanda, es decir, aquello que se espera que hagan estas entidades

y también en el cambio en el tipo de beneficiarios, es decir, de clientes finales. En tercer lugar, el efecto económico, que se manifiesta fundamentalmente en la reducción de recursos disponibles y en las dificultades de financiación de las entidades.

En el corto y probablemente en el medio plazo, el ciclo expansivo del Tercer Sector Social, al menos en las condiciones en las que le hemos conocido en los últimos años, ha tocado a su fin: ello implica desaparición de muchas entidades, adelgazamiento de otras muchas, pero sobre todo exige revisar su sistema de funcionamiento y la sostenibilidad de sus actuaciones. En definitiva, un momento de reflexionar sobre el papel que cabe jugar en la sociedad a estas entidades en la nueva era y el posicionamiento que desean para el futuro. Tengo la sensación de que muchos líderes de las organizaciones sociales, no son conscientes, o al menos no lo explicitan, de que toca cambio radical y por el momento están más centrados en salvar los muebles, pensando que tras la tempestad volverá la calma y todo volverá a ser como en el pasado.

El momento que atraviesa nuestra sociedad puede ser definido como un cambio de época; su alcance va sin duda más allá de los graves efectos de la crisis económica, traducidos en ajustes fiscales, que conlleven una revisión y adelgazamiento de los modelos de bienestar social. Las sociedades europeas están cambiando e inevitablemente serán distintas en un futuro próximo: la globalización (la integración cada vez más intensa de las sociedades en el mercado mundial y la condensación del continuum espaciotemporal – con lo cual un evento en una parte del mundo tiene consecuencias casi inmediatas al otro); una crisis del proyecto de integración europea y del desplazamiento de

los polos geoestratégicos de crecimiento y de poder hacia los llamados BRIIC (China, India y en menor medida Brasil, Rusia e Indonesia); las revoluciones tecnológicas especialmente relacionadas con la comunicación y la información (la llamada ‘era digital’); los rápidos cambios demográficos (la intensificación de los procesos migratorios y el envejecimiento de la población en los países más industrializados)... Todo ello introduce nuevas formas de pensar, de actuar y de vivir, que afectan a los propios pilares en los que se sustentan los valores democráticos, a los comportamientos ciudadanos, al sentido de lo cívico y al concepto de participación.

Estoy convencido de que este nuevo contexto cambiará la fisonomía del Tercer Sector, pero además será la ocasión para la emergencia de muchas iniciativas dentro del mismo; simultáneamente otras desaparecerán o perderán la legitimidad y eficacia que tuvieron. La iniciativa de los ciudadanos y la solidaridad, no se agotan en tiempos de crisis, más bien al contrario, etapas pasadas demuestran que estos contextos son adecuados para la emergencia del compromiso cívico, la solidaridad y la participación. Es evidentemente que en el corto plazo tendemos hacia un adelgazamiento de lo público (incluida la elusión de responsabilidades en la garantía de los derechos y servicios). En un estado social menguado, habrá sin lugar a dudas mayor emergencia de la iniciativa cívica, vinculada a la filantropía, con orientación paliativa más que transformadora.

¿Qué les cabe hacer a las ONG de acción social en esta situación? Es momento de repensar su



posicionamiento y su estrategia de actuación en esta coyuntura de cambio. Sugiero hacerlo al menos en las siguientes claves:

1. Estar más atentos que nunca a las decisiones que se van tomando en materia de política social y aliarse para ser consultado en las mismas, reclamando un auténtico diálogo civil institucionalizado, pues la dimensión transformadora está en la esencia de estas organizaciones.
2. Repensar sus servicios en clave de las nuevas necesidades y de las demandas que se van a producir, pues sin duda lo social será cada vez más socioeducativo, sociosanitario, sociocultural, sociodeportivo, sociolaboral, socioambiental y las personas destinatarias de los mismos serán cada vez más plurales.
3. Diversificar sus opciones estratégicas, de modo que haya un equilibrio y una heterogeneidad en las entidades, cubriendo las funciones que le son propias al Tercer Sector (denuncia y reivindicación, sensibilización, autoayuda, canal de participación, prestación de servicios) y evitando que las entidades se escoren excesivamente hacia una de estas funciones y sobre todo que olviden la dimensión reivindicativa.
4. Reforzar la cooperación interna, entre las entidades, y externa, con otros actores sociales públicos y privados, al objeto de poder estar en el núcleo de las políticas y no verse desplazados a posiciones periféricas y subsidiarias de lo público y del mercado.

Es momento de redoblar esfuerzos, pensar en nuevas claves y no atrincherarse; también han de hacerse preguntas incómodas, con sentido crítico y auto-crítico e identificar las fortalezas que dan consistencia

al Tercer Sector y hacen que este siga aportando valor social. En estas circunstancias de estrecheces económicas, es también cuando se pone a prueba la sostenibilidad de las entidades del Tercer Sector.

Esta sostenibilidad, requerirá en el futuro al menos tres condiciones:

- Trabajar con proyección más abierta, es decir, mirando más hacia afuera que hacia adentro, fomentando la cooperación con otras entidades, no solo sociales sino también con administraciones públicas y privadas. En los últimos años las entidades han avanzado en el trabajo en red, pero en el futuro, la cooperación tendrá que ser más intensa, compartiendo recursos y poniendo en marcha proyectos en conjunto para ganar escala e impacto.
- Retomar el contacto con las bases y conseguir el respaldo de la base social, que es lo que realmente da consistencia a las entidades. Las últimas décadas, que han sido positivas en la profesionalización del sector, han tenido el efecto negativo de que la participación en las entidades se ha ido reduciendo y en consecuencia estas no cuentan con el respaldo cívico adecuado. Las ONG tienen que conectar mucho más con los jóvenes, con los movimientos sociales, con las personas disconformes y con aquellas que están dispuestas a ejercer mayor compromiso cívico.
- Mejorar los sistemas de financiación, como condición indispensable para evitar la dependencia del ámbito de lo público y para incrementar la calidad de los proyectos, de tal forma que se puedan desarrollar de modo continuado, a largo plazo y consigan los impactos deseados.

